NOVELAS Y NOVELITAS

Algunas traducciones católicas,

es la tiones en cresca des la collega de la collega de la collega de la collega de

I. NARRACIONES. Sombras chinescas.—Visto y soñado, por D. Luis Valera.—La Razón de Estado, por D. Juan José Lecanda. — Episodios..... liberales, por D. Higinio Ciria.

II. ÍNDICE DE NOVELAS. De mi rincón, por Francisco Acebal.— Gondar y Forteza, por el Marqués de Figueroa.— Cuentos en papel de oficio, por Nicolás de Leyva.— Á toda luz, por D. José Rogerio Sánchez.— Sarica la Borda, por Juan Blas y Oribe.— La aldea perdida, por Armando Palacio Valdés.— Misterio, de D.ª Emilia Pardo Bazán.— Reposo, de R. Altamira.— Biblioteca de novelistas del siglo XX.— El Mayorazgo de Labraz, de Pío Baroja, etc.

III. MAS Y MEJOR. La Obra de Mamá Dolores, por Ω. Corazones bravios, por D. José de Elola.—El duro del vecino, por D. Luis Montoto.—Pedro Juan y Juan Antonio, por D. Modesto H. Villaescusa.—Una penitencia, por D. José Cirauna Maijo.—Biblioteca patria.—La Golondrina, de D. E. Menéndez y Pelayo.—La Tonta, de D. R. de Solano Polanco.—Epistolario, de D. Federico Santander.



AMENTÁBAME yo en otro artículo de este opúsculo de la esterilidad de las musas castellanas, que apenas si producen nada digno de pasar más allá de la historia de la librería; y al amontonar hoy á mi vista la abundancia de cuentos y novelas que han venido á mis manos, se me ofrecieron, aplicándolos á nuestra actual arruinada literatura, aquellos versos del cantor de las ruinas de Itálica:

Cuya afrenta Publica el amarillo jaramago.

No habrá ya dramaturgos como Tamayo y Ayala, ni líricos como Zorrilla y Selgas, ni polemistas como Alvarado y Mateos Gago, ni oradores como Donoso, Nocedal (D. C.) y Manterola (por no citar ejemplos de siglos áureos); tenemos, en cambio, fértil cosecha de plantas sin utilidad, muchas de ellas sin belle-

za, herbáceas exuberantes y frondosas, «amarillo y abundante jaramago», novelas y novelitas, no pocas de escaso aliento y mediocre minerva, y muchas importadas de lejas y apartadas regiones.

Porque la musa noveladora no parece suelta sólo en España, sino en nuestra transpirenaica vecina, de donde viene un verdadero alud de novelas crudas de fondo y forma, recargadas de detalles corrosivos y de mostaza sensual, del barroquismo carnal más pronunciado. Goncourt y Merimée, Daudet y Zola, Paul Adam y Anatole France y hasta Voltaire y Diderot recocidos acompañados de Ibsen, Nietsche y Tolstoï, que también nos vienen por Francia, etc., etc., con un castellano que no hay más que.... aborrecer, forman el recurso de vividores literarios, cuyas manos mejor empuñarían una aijada que la pluma, y que serían mejores porteros del Botánico que merodeadores del Parnaso. ¡Triste hado el de la literatura y la política, que recogen en sus playas cuantos restos inútiles arrojan los mares del estudio y del trabajo!

Para contener tanta inundación traducen algo escritores y editores católicos. A la vista tenemos algunas de estas obras. Un cuento infantil, casto, sencillo, candoroso; una serie de cuadros de familia, embalsamados con el perfume de la inocencia, de la piedad, del sacrificio, eso es Los niños de oro, traducida del alemán por E. Massaguer.

La novela de un Jesuita, escrita por G. de Beugny d'Hagerve, tuvo en Francia innegable oportunidad: era un guante lanzado á la impiedad en lo más recio del combate. Ya que traducimos á Waldeck-Rousseau y andamos tras de traducir á Combes, bien está que traduzcamos á Beugny d'Hagerve, como estará bien que traduzcamos á tiempo la lucha de los católicos en los templos y en las calles de Francia.

Á la iniciativa del editor B. Herder, las obras de cuya casa honran la industria católica alemana, se debe la publicación de una biblioteca novelesca recreativa en lengua castellana, y hasta ahora no consta sino de traducciones.

Las obritas del P. Spillmann, S. J. (1), Una victima del secreto de la confesión, Nubes y rayos de sol, de argumento histórico, profundamente religioso, y La hija del director de Circo, verdadera é interesante novela social de la Baronesa de Brackel, han aparecido bien traducidas, esmeradamente impresas y de intachable moral católica.

entification is a control of the city and a con-

La producción original no es de mejor condición, porque es tanto, y por desdicha tan de prisa, lo que se escribe para el monstruo de cien fauces, la Prensa, ya diaria, ya periódica; son tantísimos los lectores y lectoras que hacen timbre de la superficialidad, á quienes hay que servir la chuchería y la confitura de alguna historieta sentimental y, sobre todo, corta; son tan innumerables los que pasan por las horcas caudinas de la Prensa y de los límites artísticos, tipográficos y materiales que ella impone, que no extraña ver la muchedumbre sin guarismo de los que escriben cuentos, narraciones, fantasías, leyendas, novelitas microscópicas para los susodichos fines, y de los que luego coleccionan sus obrillas para solaz de algunos y

⁽¹⁾ Estando en la corrección de estas pruebas llega la triste nueva de la muerte del P. José Spillmann. Á pesar de sus dotes de confesor y misionero, como los desterrados Jesuítas alemanes no podían apovechar sino con libros á su patria, el P. Spillmann se había consagrado á escribir desde 1875. Ricos conocimientos, hondo sentir, admirable gusto, sólido y popular atractivo, exquisito talento de narrador, y suelto y trabajado estilo, fueron las dotes que aportó á sus novelitas, narraciones y cuentos durante tantos años en la revista Stimmen aus Maria

Laach y más especialmente en Die Catholischen Missionen. Miles se unirán con nosotros en rezar un Avemaría por el fiel é ingenioso novelador, cuya pluma guió siempre el celo y espíritu sacerdotal. (Stimmen aus Maria Laach. —14 Marzo, 1905).

no menos—¿qué pecado es?—para honra y provecho del mismo novelador.

Tras la corta, viene de su propio grado la novela larga; pero no la profunda en caracteres, rica en color nacional, difícil en situaciones, complicada en la trama, grande en la acción, suprema en interés universal y duradero; nada de eso; la que viene es la novela chica diluída, la urdimbre mil y mil veces empleada, con insignificantes variaciones, sobre el tema de siempre: descripciones de orientes ó de ocasos, noches de luna ó noches de lluvia, días de sol ó días encapotados y cejijuntos, espectáculos de toros ó de teatros, de hipódromos ó de playas; tés ó comidas, lunchs ó almuerzos, y todo esto girando en pequeños duelos de amor, en un círculo de radio cortísimo.

Todo este ambiente, donde se mueve la novela ordinaria de nuestros días, contrasta con la realidad que nos envuelve en olas tempestuosas: tal vez por esto, acaso por otra razón, la producción novelesca es abundante, pero efímera.

Este capítulo será una revista, un catálogo, un índice, á ratos verdadero *indice*, de libros, conocer cuyos títulos tendrá utilidad para muchos lectores.

Empecemos por los que tienen más de lo histórico.

Sombras chinescas. Copioso y abundante en la dicción, íntimo en los secretos del léxico patrio, castizo y fácil en la construccion, natural y ameno, suelto y desahogado en usar los primores de la sintaxis castellana, se muestra en esta obrita D. Luis Valera, Marqués de Villasinda, que se estrena como escritor, relatando y haciéndonos ver todas las peripecias y los parajes por donde pasó en su viaje por el celeste Imperio.

La coyuntura en que, nombrado Secretario de la Legación de S. M. C. en Pekín, por la fuerza de su destino fué llevado á tan lejanas partes, teatro á la sazón de acontecimientos importantísimos, no podía ser más propicia para escribir un libro que despertara la atención y el interés de los españoles, pues alejados más que ninguna otra nación europea de aquellos sucesos, estimaríamos doblemente una descripción del imperio chino, sacudido y perturbado por ejércitos invasores de Europa, Asia y América, hecha por uno de los pocos españoles que pudieron por sí mismo enterarse y verlo con sus propios ojos.

Se aprovechó, pues, de lo que su buena estrella le deparaba el hábil narrador, y tomando consigo á su lector, al llegar á la desembocadura del río Azul, lo lleva entretenido por la magia de su palabra, primero á Shanghai, verdadera Babel del extremo Oriente, donde se

unen y entremezclan, con europeos de todas las naciones, malayos, filipinos, parsíes, y japoneses y chinos y chinas de todas alcurnias, ya espetados bonzos y mandarines, ya brutales y sudorosos jayanes; de Shanghai, por el mar Amarillo, lo conduce á Taku y Tongku, donde atraviesan el abigarrado campamento de los ejércitos aliados; á Tiensin, villa abandonada por los indígenas al entrar los europeos; lo lleva en su penosa navegación por el Peihó, en sus marchas y rodeos desde Tungchao, y, por último, le pone á los ojos la capital celeste, con sus templos y palacios, campos y calles, ruinas y recuerdos, tenderetes y mercados, y con sus habitantes, ya recelosos y abatidos chinos, ya alegres y aun casquivanos europeos. Y todo esto por tan gráfica manera, que un pintor podía tomar pie de Sombras chinescas para dibujar una galería de paisajes, retratos y cuadros de costumbres.

Transcribamos algunos renglones del capítulo intitulado *De mercas y callejeo*, en que pinta la batahola y tráfago de las calles pekinesas:

«Con mucha bulla, muchas voces, mucho polvo, abriéndose paso por entre el inmenso gentío, haciendo que éste se arremolinara, se dividiera ó se estrujara, y no sin derribar á veces cualquier tabanco, desquiciar cualquier barraquilla ó hacer añicos todo un puesto de loza, desfilaban y se cruzaban de continuo por el centro y los lados

de las calles de Ha-ta-men y de Hsien-men rebotantes carretas indígenas, por cuya apertura, ora asomaban los semblantes pasmados de una familia de labriegos, ora se columbraba, semioculto detrás de un abanico, el rostro sonrosado de alguna señora principal de China ó de Manchuria; trotaban velozmente borriquillos, cuyos lomos oprimía un rechoncho comerciante de coleta bailadora: pasaba á toda prisa, precedido por un pelotón de hulanos con yelmos relucientes, un pesado lando, en el cual se veía al mariscal Waldersee y á sus ayudantes; luego se aparecían en lontananza, bamboleándose grotescamente por cima de la compacta masa de cabezas humanas y de los toldos de esparto ó lona, unos grandes bultos pardos, que al acercarse tomaban poco á poco el aspecto de lo que eran, camellos de Mongolia, informes bichos zancudos y panzudos, de cuello larguísimo, desdibujado morro, doble y colgante giba y sucias lanas de color aleonado, que cubrían tan sólo á trechos el cuerpo del animal, de suerte que éste parecía estar medio comido por la polilla; guiando á los camellos por un ronzal, pasado por las fosas nasales de cada bestia, venían toscos habitadores de las llanuras de Tartaria, gente medio salvaje, más sucia aún que los chinos, arrebujada en harapos azules, y en cuya cetrina y angulosa cara, entre revueltas melenas por debajo de un gorro de pieles, relucían con expresión de odio al mirar á los extranjeros unos rasgados ojillos, negros como el azabache; apenas habían concluído de pasar, haciendo entonces que éstos se espantasen y atropellasen el gentío, llegaban y desaparecían en tropel, con carrera loca, media docena de jinrickshas, en las cuales iban soldados blancos, muy repantigados y alegrotes; y luego, cuando ya parecía haber cesado las causas que motivaban el constante flujo y reflujo de la multitud, tenía ésta que arremolinarse de nuevo, dejando ancho espacio vacio, á fin de que pudieran desfilar holgadamente, con su música de gaitas y tamboriles á la cabeza, un regimiento de negros guerreros shiks ó gurkas, mandados por

rubios oficiales ingleses; ó un escuadrón de cosacos, ó interminable hilera de carros de la Cruz Roja y de furgones de la Administración militar de uno ú otro ejército extranjero.

»Y como para que el barullo fuese todavía mayor y más variado el espectáculo, á deshora, entre la gritería de las gentes, el retemblar de las carretas, el tintineo de las cascabeleras mulas, los aullidos de los perros pisados. las resonancias de los parches y los clarines y las flébiles notas de las gaitas indias, se oía repetidas veces algo como el bronco y lamentable mugir de un toro herido, sonaban después disparos de cohetes y luego veíase venir, con pomposa lentitud, la singular comitiva de un entierro indígena; plañideras desgreñadas y titubeantes, gentes de rostro compungido y vestidas todas de blanco, que es el color de luto en el celeste Imperio, varios hombres llevando farolas y pértigas doradas, otros desparramando á izquierda y á derecha papelitos de oro y plata, á fin de captar para el difunto la buena voluntad de los espíritus con quienes se encontrara camino de la sepultura; individuos ó criados de la familia, portadores de vituallas para el muerto, soplando en descomunales bocinas, que son las que producen el sonido bronco y lúgubre de que he hablado, ó conduciendo en angarillas un enorme féretro de madera roja; detrás ó delante del cadáver, que esto no lo recuerdo bien, una silla de manos con las tablas en que están inscritos los nombres de los ascendientes, y, por fin, cerrando el séquito, ruidosísima murga de inacordes gongos, triángulos y platillos.»

Aunque larguísima, será perdonable la cita por muchos títulos: ofrece uno de los cuadros mejor trabajados del libro, y donde se luce más el galano estilo y la manera cervantina de su autor; nos ahorra otras citas y observaciones pesadas é impertinentes, y es argumento perentorio de que no queremos regatear méritos al joven Marqués de Villasinda.

Así serán más atendibles y no parecerán envidiosas nuestras censuras, que recaen, no sobre la forma, sino sobre la materia del libro.

Episodios de costumbres, paisajes de la naturaleza van sucediéndose sin interrupción en esta obra, y un moralista no hallaría en todo ello qué censurar, sino unas cuantas frases, pocas en número; unos cuantos contrastes, velados primorosamente, pero maliciosos y de mal efecto.

Injustamente se negaría el respeto que el autor muestra para con las personas religiosas, cuando se topa con ellas en su relato: á los jesuítas de Shanghai tributa frases de encomio; para un lazarista, verdadero mártir de su vocación apostólica, que durante su navegación por el Peihó fué su compañero y á quien visitaba por una calentura que le consumía, tiene cortesía y admiración; en el resto del libro hay una palabra de elogio para una hermana de la Caridad, heroína del sitio de Pekín, y eso aun más por española que por religiosa. Mas he ahí los únicos chispazos de grandeza que rompen la igualdad constante de una descripción continua de mares, campos, ríos, calles, templos y ciudades. Parece que el Sr. Valera, hijo, afecta esquivar el contacto con algo que se levante sobre ese nivel de material medianía. Una vez su estilo chispea, el autor se enardece, se regocija, y es..... para contarnos con menudos detalles una improvisada zambra, unas cultas calaveradas, unas distinguidas locuras, á que, guardando la más exquisita corrección, se entregó el elemento joven del Cuerpo diplomático residente en Pekín.

Simultáneamente con Sombras chinescas lei algunas revistas y periódicos franceses donde se narraba algo de la guerra boxer, del espíritu con que aquellas cristiandades nuevas se apercibían á la defensa, pro aris et focis, de la rabia sacrílega anticristiana y antiextranjera de los acometedores, de aquel mundo de civilización católica allí tan respetado, de la heroica defensa de la Catedral católica, del Palacio episcopal, de todo el barrio cristiano de Pekín: todo esto y mucho más leía yo en letras de molde y en correspondencias de allá, y me preguntaba: ¿ni en Shanghai ni en Pekín tuvo el castizo escritor de los Recuerdos proporción de ingerir en su libro algún cuadro de esos trabajos apostólicos, de esas cristiandades nuevas, de esas costumbres chinesco-cristianas, bocetos que no hubieran tenido menos interés que los barros pegajosos de Tungchao, las aguas cenagosas y empedradas de cadáveres putrefactos del Peihó, las calles turbulentas y malolientes de Pekín, los infinitos juguetes,

cachivaches, chirimbolos, bujerías y artefactos indescriptibles de los mercados chinescos, los episodios de la cantinera improvisada y las salas, patios y corredores de los templos y palacios del hijo del Sol?

Haya sido en buen hora involuntaria omisión de D. Luis Valera; mas estamos en el día tan acostumbrados á que los escritores hagan gala de huir de todo lo grande y levantado, y á que, ora con pretexto de la forma, ora con cualquier otro, busquen solamente

El halago grosero del sentido,

lo que á éste y á la curiosidad satisface; se respira tan cargado ambiente de materialismo, que no se llevará á mal el que deseemos con todas veras que escritor tan castizo ponga lenguaje tan puro, fantasía tan amena y talento tan observador á servicio de un arte que, huyendo de cierta especie de volterianismo diluído, tan en boga hoy en no pocos autores, tenga tonos y acentos que conmuevan noblemente las fibras del alma, que la eleven, que la vigoricen, que cumplan con el sagrado destino de la palabra humana, que es, hablando por los sentidos, llegar á la razón, tocar al corazón, herir el alma para engrandecerla y ennoblecerla, para levantarla y robustecerla. Amenísima y encantadora es la palabra de Cervantes; pero ¿quién negará su calor y su eficacia á la prosa robusta de Quevedo, á la elocuencia avasalladora de Granada ó de León?

* * *

Acercándose ya al género novelesco, siempre sobresaliendo en lenguaje claro, castizo y sonoro y en estilo terso, ameno y gráfico nos ofrece el mismo D. Luis Valera, su tomito Visto y soñado. Contiene estas cuatro narraciones: Yoshi-sam la Musmé, La esfera prodigiosa, El hijo del Banián, Dyusandir y Ganitriya.

Como el Sr. Valera es juicioso, me voy á permitir indicarle dos reparos, que preferirá su discreción á un racimo de encomios insignificantes.

El de Villasinda se ha esmerado preferentemente, casi exclusivamente, en la forma de estas narracioncitas: bien así como si un pintor fuese muy cuidadoso del fondo de su cuadro, del colorido, del tono, de los matices, y aun del decorado, ornamentación é indumentaria, y olvidase el sitio, la agrupación, la actitud, los rostros de las figuras, en fin, todo lo que se ha dado en llamar el golpe de vista del lienzo.

La Musmé, por ejemplo, son, en rigor, dos narraciones; aquel cubil ó madriguera de fieras europeas, apestando á tabaco, aguardiente y feas codicias que describe el autor, implantado en las ruinas del adoratorio chino, está prendido de la siguiente narración, que es la que da su nombre al episodio triste que allí se narra.

El hijo del Banián es otro ejemplo: el establo del trozo condenado de la cubierta, el olorcillo acre de aquellos orientales amarillos, negros, castaños, bronceados que se apiñaban en una como piara alrededor del moribundo indiecillo; la marimorena insufrible de gritos, aullidos, lamentos, llantos, reniegos y conversaciones en toda clase de dialectos y lenguas orientales, mezclada con los berridos, mugidos y balidos de los animales que compartían con los hombres aquel escaso lugar; la caída del ruin ataúd mal claveteado en el agua, la repugnante vista del sobrenadar del cadáver, la presa del voraz tiburón, el frío detalle del rótulo de Champagne extra dry que se leía en las desensambladas tablas del ataúd; todo esto se ve, tiene perfecciones de detalle de gran valor; en cambio, los tipos europeos, la noble francesa, tan cristiana como valiente, se esfuman, desaparecen, se pierden en la penumbra.

El segundo es sobre los asuntos, que ninguno es inmoral, mas ninguno es positivamente moral y católico. Una cosa es la lección didácticamente expuesta, y esa suele empecer á las obras bellas, y otra la materia ó deleitable ó trágica que lleva embebida alguna hermosísima lección moral ó religiosa. Nadie quita su mérito á *Prometeo*, el de Esquilo, y un étnico creyente bien aprendería en el semidiós aprisionado la reverencia de Júpiter Tonante; ni nadie pone en duda el mérito de la *Santa Isabel*, de Murillo, y es una dulcísima lección de caridad cristiana. Esta es, á mi parecer, y el Sr. Valera no me lo negará, la expresión más alta del dicho horaciano:

Omne tulit punctum....

* *

La razón de Estado. Es el primer número de una colección, prometida por su autor, y que intitula Episodios nacionales. Naturalmente, al oir esto, se va la mente á la por desdicha célebre colección galdosiana, centón de cuentos y leyendas, donde tanto se denigran las cosas y personas de la Religión y de la Patria. Homónimos tales acarrean confusiones enojosas, por lo que hubiera sido preferible al Sr. Lecanda haberlos evitado.

Y viniendo á La razón de Estado, habemos de declarar que desde la primera lectura sentimos las dificultades de que estaba erizado el asunto, pues no es otro sino la crisis del partido conservador en 1901. ¿Cómo no verse comprometido el autor narrando hechos recientes,

muy particularizados en las informaciones periodísticas? ¿Cómo no estar coartado por el reparo de no citar nombres propios, en aquellas circunstancias y después muy traídos y llevados, y verse obligado consiguientemente á desnaturalizar la acción, á desencajarla de su propio lugar y á circunscribirla á la descripción de cuatro perdidos, de algún personaje anónimo de segunda fila de los que habían luego de formar el ejército de apedreadores, último motivo de la crisis, suprema razón de Estado, dice el Sr. Lecanda, en aquella coyuntura?

Reconocida esta dificultad, el desempeño del autor inspira confianza de que en sucesos más alejados, con fuentes más abundantes, sin trabas molestas, atinará con el difícil arte de interesar y de describir, cuyas muestras aparecen en este ensayo.

Obra patriótica sería y de absoluta justicia rehacer la serie de episodios de Galdós, exhumando papeles y testimonios arrumbados en los archivos y que ponen en su punto los hechos; y revistiéndolo todo de formas deleitables, ofrecerlo á los españoles imbuídos con las consejas y anécdotas de los años 12, 35, 54 y 69 del último siglo, perpetuadas hasta nuestros días, ó en estatuas que avergüenzan nuestras plazas, ó en historias y novelas que sonrojan nuestra literatura.

1

Dicho sea en honor de la verdad y del laborioso, católico y sensato D. Higinio Ciria, Archivero de Madrid, ya ha comenzado tarea tan meritoria este escritor con dos preciosos folletos, titulados Los toros de Bonaparte y Fernando VII y la Constitución de Cádiz. «Monografías de este género, dijo nuestro J. M. y Saj, al elogiar al primero, se necesitan para proveer los arsenales científicos de material de guerra con que derribar nuestra falsa historia del siglo pasado, escrita casi siempre por enemigos de la gran madre Patria y de la más grande madre la Iglesia. Estos estudios peculiares de hechos y personajes históricos irán reconstituyendo el pasado, mal que le pese á la conspiración del silencio y á la conspiración de la calumnia.»

Así es y no queda sino desear al autor de Santa Teresa y Felipe II una serie de sus Episodios.... liberales tan larga como por desgracia lo es la de Pérez Galdós, para gloria de la verdad, de España y de Dios.

I

De mi rincón. Son narracioncitas ó cuentos, con un final tendencioso y afilosofado: «que para gobernar no basta cabeza, si no hay cora-

zón»; que «también es agradable á Dios el trabajo»; que «el afán moderno de riquezas torna decrépitas la tradición y la poesía»; éstas y otras máximas así forman la filosofía barata, diluída en estas páginas, sin que falten algunas con su agridulce de escepticismo ó incredulidad, como que «el santo hoy se ha quedado sin misa», que «la nube salida de la fábrica fué tan acepta á Dios como la del incienso sagrado....»

Pero en el estilo y lenguaje está lo más reparable de esta obrita, por haber querido su autor sacar en público las frases y vocablos más inauditos que en su memoria atesoraba: notable y loable esfuerzo, si hubiera evitado el escollo de innovar inútilmente palabras con pérdida de la amable y cándida naturalidad.

恭 恭 恭

Gondar y Forteza, por el Marqués de Figueroa.

Este librito es una remembranza del turbulento período de la república española, en forma narrativa y novelesca. Nada en él hay lúbrico; nada reprochable para la más honesta crítica, y por razón tan principal no merece el autor sino enhorabuenas.

Mas ¿cómo las ha de merecer por el conjunto del cuadro? Todo él parece asemejarse á